LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN

POR

EUDALDO FORMENT

XVI Centenario de la conversión.

En recuerdo y homenaje a San Agustín se ha celebrado en todo el mundo el XVI Centenario de su conversión cuyo inicio oficial empezó el 24 abril de 1986 y se clausuró el 25 de abril de 1987, fecha en que hace mil seiscientos años fue bautizado. Ya han tenido lugar muchos actos, como el Congreso Internacional sobre San Agustín, en el «Instituto Patrístico Agustinianum» de Roma, del 15 al 20 de septiembre, en el que asistieron unos trescientos especialistas de más de cien universidades de unos treinta países. En la mañana del 17, Juan Pablo II asistió personalmente, y en su discurso señaló que la característica esencial del pensamiento agustiniano fue su servicio a la verdad, con lo cual sirvió también al hombre.

También, con tal ocasión, la Federación Agustiniana Española (F. A. E.), en colaboración con la Biblioteca de Autores Cristianos (B. A. C.) ha emprendido la publicación de las obras completas de San Agustín, en edición latino-española, en 41 volúmenes, que ya se había iniciado en 1946, pero se había quedado en el 22. Asimismo ha organizado unas Jornadas Agustinianas, durante los días 22 al 24 de abril de 1987, que se han celebrado en Madrid, sobre el tema. «El pensamiento antiguo en San Agustín». Se estudiaron los contenidos doctrinales que incidieron en su conversión, divididos en cuatro áreas: cultura clásica, maniqueísmo, Biblia y Teología cristiana.

Toda la familia agustiniana en España (Agustinos, Agustinos Recoletos, Agustinos Asuncionistas, Agustinas Misioneras, Agus-

tinas Hermanas del Amparo, Misioneras Agustinas Recoletas, Agustinas Contemplativas, Agustinas Descalzas y Agustinas Recoletas de Clausura) y, en su nombre, la misma Federación, el 10 de abril de 1986, hizo público un «manifiesto agustiniano» en el que se invita a participar en todos los actos.

En este documento, además de ensalzarse la figura de San Agustín, se pone de relieve la actualidad de su mensaje por su adecuación a las necesidades auténticas del mundo contemporáneo. No sólo por su validez perenne, sino también porque, como se indica en un párrafo del mismo: «en ese ir y venir, ondulante y pendular de la historia de los hombres y de las ideas, estamos otra vez viviendo *tiempos agustinianos*. Tiempos de decadencias imperiales y de desencantos políticos. De materialismos maniqueos y de humanismos pelagianos. De sectarismos donatistas y de escepticismos académicos. Tiempos de mucho ruido y poco silencio. De muchas prisas y poca interioridad. De muchas instancias confusas y pocas referencias trascendentes».

Hay que destacar, por su importancia, la carta apostólica que, con motivo de este centenario, dirigió Juan Pablo II a la Iglesia, el día 28 de agosto de 1986, festividad de San Agustín, titulada *Augustinum hipponensem* (1). Es el documento papal más extenso y completo sobre este Padre y gran Doctor de la Iglesia. Su iriginal latino consta de 35 folios y 293 notas.

Los últimos Papas ya habían ensalzado su figura. León XIII, en su famosa encíclica *Aeterni patris,* al poner a los Padres de la Iglesia como ejemplo de defensa de la fe con el apoyo de la razón, dice: «pero a todos arrebató la gloria Agustín, quien de ingenio poderoso, e imbuido perfectamente en las ciencias sagradas y profanas, luchó acérrimamente contra todos los errores de su tiempo con fe suma y no menor doctrina» (2). Lo mismo

---

(1) JUAN PABLO II: Carta apostólica *Augustinum hipponensem,* 28 de agosto de 1986, *L'Osservatore Romano* (Città del Vaticano), 27 de agosto de 1986, págs. 1-4.

(2) LEÓN XIII: Carta-encíclica *Aeterni patris,* 4 de agosto de 1879, *Acta Leonis XIII,* I, Roma, 1881, pág. 270.

hizo Pío XI al reasumir sus enseñanzas en la encíclica *Ad salutem humani generis* (3).

Ultimamente, en 1970, al inaugurarse el Instituto Patrístico «Augustinianum», Pablo VI declaró que: «además de brillar en él de forma eminente las cualidades de los Padres, se puede afirmar en verdad que todo el pensamiento de la antigüedad confluye ne su obra y que de ella derivan corrientes de pensamiento que empapan toda la tradición doctrinal de los siglos posteriores» (4). El mismo Juan Pablo II, en 1982, dirigiéndose a los profesores y alumnos del instituto, les pedía que: «su doctrina filosófica, teológica y espiritual se estudie y se difunda, de tal modo que continúe (...) su magisterio en la Iglesia; un magisterio humilde y luminoso al mismo tiempo, que habla sobre todo de Cristo y del amor» (5).

En esta larga carta apostólica del Pontífice actual se exponen íntegramente las dimensiones filosóficas y teológicas de su doctrina, mostrando su significado en la historia de la cultura y de la Iglesia y, sobre todo, su necesidad para nuestros tiempos. Consta de una introducción y cinco capítulos, en los que se trata: «La conversión», «El Doctor», en donde se abordan los temas «Razón y fe», «Dios y el hombre», «Cristo y la Iglesia», «Libertad y gracia» y «La caridad y las ascensiones del espíritu»; y, en los siguientes: «El Pastor», «Agustín a los hombres de hoy» y «Conclusión».

La finalidad de este documento, en el que, como dice el Papa, «he recordado la conversión y he trazado rápidamente un panorama del pensamiento de un hombre incomparable, de quien todos en la Iglesia y en Occidente nos sentimos de alguna manera discípulos e hijos», está expresada explícitamente en el mis-

(3) Cfr. Pío XI: Carta-encíclica *Ad salutem humani generis,* 22 de abril de 1930, AAS, 22, 1930, pág. 233.

(4) Pablo VI: *Discurso a los religiosos de la Orden de San Agustín con ocasión de la inauguración del Instituto Patrístico «Augustinianum»,* 4 de mayo de 1970, AAS, 62, 1970, pág. 426.

(5) Juan Pablo II: *Discurso a los profesores y alumnos del Instituto Patrístico «Augustinianum» de Roma,* 7 de mayo de 1982, AAS 74, 1982, pág. 800.

mo: «incrementar los estudios y para difundir la devoción a él». Esta exposición de la personalidad y la doctrina de San Agustín de la encíclica puede servir de modelo, porque, aunque probablemente muchas de las explicaciones y textos citados no son desconocidos para los especialistas agustinianos, sin embargo, tiene el gran mérito de no especularse «en torno» a la doctrina de San Agustín, sino de hacerlo desde «dentro». De esta manera, «el conocimiento exacto y afectuoso de su pensamiento y de su vida provoca la sed de Dios» (6).

Educación cristiana.

En el capítulo IV de la carta de Juan Pablo II se insiste en la actualidad de su pensamiento, ya afirmada al exponerlo, principalmente para los filósofos, teólogos, escrituristas, intelectuales, científicos, políticos y para los jóvenes de hoy. Pero, en el primero, recuerda también la actualidad de su ejemplo. Principalmente el largo proceso de su vuelta a la fe, conocido por sus mismas obras, los diálogos filosóficos de Casiciaco, *Contra los académicos, Sobre la vida feliz, Sobre el orden* y los *Soliloquios,* que tratan del conocimiento de la verdad, el fin del hombre, el problema del mal y la inmortalidad de alma, respectivamente; y, sobre todo, por sus *Confesiones,* una de las obras que, después de la Biblia, ha tenido más ediciones; ha sido más leída e, incluso por los no creyentes, y ha ejercido una enorme influencia. Aún, «la conversión de San Agustín, condicionada por la necesidad de encontrar la verdad, tiene no poco que enseñar a los hombres de hoy, con tanta frecuencia perdidos y desorientados frente al gran problema de la vida».

Se recuerda también en este capítulo del documento pontificio que esta conversión fue una «reconquista» de la fe católica o, como dice el mismo San Agustín, fue «devuelto» a ella

(6) Idem: *Discurso al capítulo general de la Orden de San Agustín,* 25 de agosto de 1983, *Insegnamenti,* VI/2, 1983, pág. 305.

por la gracia (7). Porque había sido educado en el cristianismo por su madre, Santa Mónica, que lo había ofrecido a Dios ya antes de su nacimiento, que tuvo lugar en Tagaste, en el norte de Africa, hoy Suk-arrás (Argelia), el domingo, 13 de noviembre del año 354. Su padre, Patricio, era un magistrado pagano, de carácter iracundo, que no sólo por ello, sino también por sus continuos adulterios, hizo sufrir mucho a su madre. Mónica, por el contrario, nacida en el 331, había recibido una educación muy severa, era cristiana, de un carácter muy dulce, y soportaba calladamente los defectos de su marido, del cual tuvo, además de Agustín, otros dos hijos, Nivigio y Perpetua.

Según la costumbre de los cristianos africanos, que después combatió eficazmente San Agustín (8), no fue bautizado, pero su madre le había señalado con el signo de la cruz y con la sal (9), tal como se hacía en la ceremonia de ingreso en el catecumenado. Las observaciones psicológicas de San Agustín sobre sus primeros años y la infancia en general son de un gran valor. En la niñez rerconoce las huellas del pecado original, concluyendo que: «lo que es inocente en los niños es la debilidad de los miembros infantiles, no el alma de los mismos» (10). Le parece también una época triste. «¿Quién no experimentaría —se pregunta— horror si se le propusiese volver a vivir su infancia?» (11).

Sus recuerdos de la escuela de Tagaste no son alegres. Le disgustaba el estudiar, obedecer y los castigos corporales. Rezaba para que no le castigasen hasta «romper los nudos de la lengua» (12) porque, como dirá más tarde, «la religión me había sido imbuida desde niño y había penetrado hasta la médula de mi ser» (13). Era un niño malcriado, que le gustaban los juegos, el teatro, que mentía e incluso cometía pequeños hurtos.

(7) San Agustín: *Contra Fausto el maniqueo,* II, 37.
(8) Idem: *Sermones,* 2, 3; *Confesiones,* I, 11, 18.
(9) Cfr., *Confesiones,* I, 11, 17.
(10) *Ibid.,* I, 7. 11.
(11) Idem: *La Ciudad de Dios,* XXI, 14.
(12) Idem: *Conf.,* I, 9, 14.
(13) Idem: *Contra los académicos,* II, 2, 5.

En las *Confesiones* analiza muy profundamente el robo de unas peras, que después echaron a los cerdos. «También yo quise cometer un hurto y lo cometí, no forzado por la necesidad, sino por penuria y fastidio de justicia y abundancia de iniquidad, pues robé aquello que tenía en abundancia y mucho mejor. Ni era el gozar de aquello lo que yo apetecía en el hurto, sino el mismo hurto y pecado» (14). De ahí su gravedad, porque el móvil era el ir contra el bien, contra la ley, afirmando así su voluntad de poder y, en definitiva, su soberbia.

La influencia de Santa Mónica, sin embargo, fue muy considerable, porque como indica el Papa: «como consecuencia de esta educación, Agustín permaneció siempre no sólo un creyente en Dios, en la providencia y en la vida futura, sino también un creyente en Cristo» (15). El mismo San Agustín indica que el nombre de Cristo «lo había bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y, así, cuando estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebataba de todo» (16).

Conservaba aún la fe. Hasta una vez que estuvo enfermo, y se temió por su vida, ya que una opresión en el pecho le había dado una fiebre altísima, pidió el bautizo. Pero sanó inesperadamente y se aplazó. Después, dice San Agustín, «cuando apenas contaba yo nueve años, dejé la religión que en mi alma de niño habían depositado mis padres» (17).

A los trece años fue enviado por su padre a Madauro, una ciudad vecina, para iniciar los estudios de retórica y literatura, porque quería que fuese un profesor famoso y rico. Sólo pudo permanecer tres años, ya que su padre no podía mantener los gastos. Mientras sus padres reunían el dinero, San Agustín estuvo un año sin hacer nada, coincidiendo con la pubertad, cayendo así en la lujuria. Gracias a un pariente y amigo, Roma-

(14) Idem: *Conf.*, II, 4, 9.
(15) Juan Pablo II: Carta apostólica *Augustinum hipponensem,* I.
(16) San Agustín: *Conf.*, III, 4, 8.
(17) Idem: *De la utilidad de creer*, 1, 2.

niano, pudo ir a Cartago, la ciudad más importante, después de Roma, a continuar sus estudios.

En esta capital de Africa continuó llevando una vida frívola y disipada, pero esmerándose en los estudios, consiguiendo ser el mejor de la escuela de retórica, lo que le servía para aumentar su orgullo y soberbia. Conoció entonces, cuando contaba diecisiete años, a una joven cartaginesa, con quien vivió durante catorce años. Sin dar su nombre, que ha permanecido siempre desconocido, explica San Agustín que: «por estos mismos años tuve yo una fulana no conocida por lo que se dice legítimo matrimonio, sino buscada por el vago ardor de mi pasión, falto de prudencia; pero una sola, a la que guardaba la fe del tálamo» (18).

Poco tiempo después moría su padre, que hacía poco tiempo que era catecúmeno gracias a Santa Mónica, pudiendo recibir el bautismo en los últimos momentos. Aquel mismo año nació su hijo Adeodato. Probablemente el tener una única amante y la paternidad impidieron que continuase llevando la vida tan desordenada de su primera juventud. Lo que supuso un verdadero cambio en su vida fue la lectura de un diálogo de Cicerón, hoy perdido, titulado *Hortensio*. Los biógrafos de San Agustín incluso hablan de una primera conversión, no a la fe sino a la filosofía o al amor a la sabiduría.

En esta obra dialogaban cuatro personajes: Hortensio, que defendía la oratoria y atacaba a la filosofía; Lutacio Cátulo, Licinio Cátulo y el mismo Cicerón, que la defendían según el sistema preferido por cada uno. Se llegaba a una conclusión ecléctica, propia del pensamiento de Cicerón. Sin embargo, San Agustín se fijó en la crítica al mero ideal de dominio del lenguaje y de una vida caótica, que le parecía dirigida a él y en la propuesta de la búsqueda de la sabiduría. Se entusiasmó con el nuevo ideal de saber desinteresado y de felicidad que seguía al conocimiento de la verdad. El mismo indica la transformación que se operó en su espíritu. «Semejante libro cambió mis afectos (...) y

(18) Idem: *Conf.*, IV, 2, 2.

con incríble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría» (19).

El maniqueísmo.

A los diecinueve años San Agustín había aprendido también de la cultura clásica que no bastaba hablar bien, tal como le habían enseñado hasta entonces, sino que lo más importante era buscar la verdad y que a ella se accedía tan sólo con la razón. Estaba convencido que «había que seguir no a los que mandan creer, sino a los que enseñan la verdad» (20). Con esta mentalidad racionalista, intentó hallarla en la Biblia, que leyó, probablemente por influencia de su madre, pero no le convenció por encontrarla demasiado sencilla. Dirá después que «mi hinchazón recusaba su estilo y mi mente no penetraba en su interior. Con todo, ellas eran tales que habían de crecer con los pequeños; mas yo me desdeñaba de ser pequeño y, orgulloso y entonado de soberbia, me creía grande» (21).

Ya, un poco antes, les había dicho a sus fieles: «Yo, que os hablo, estuve engañado un tiempo, cuando de joven me acerqué por primera vez a las Sagradas Escrituras. Me acerqué a ellas no con la piedad del que busca humildemente, sino con la presunción de quien quiere discutir (...). «¡Pobre de mí, que me creí apto para el vuelo, abandoné el nido y caí antes de poder volar!» (22). Esta caída consistió en su afiliación al maniqueísmo, secta religiosa fundada por el persa Mani (215-277), que en pocos años se había propagado enormemente por Oriente y Occidente.

El maniqueísmo era una religión gnóstica, es decir, se presentaba como poseedor de una «gnosis» o sabiduría de salvación. Conocimiento que se contraponía a la fe común de los cristianos, por considerarse superior por su racionalidad, integrali-

(19) *Ibid.*, III, 4, 7.
(20) Idem: *De la vida feliz*, 1, 4.
(21) Idem: *Conf.*, III, 5, 9.
(22) Idem: *Sermones*, 51, 5, 6.

dad e inmediatez. El maniqueísmo «más todavía que los otros gnosticismos conocidos, insiste en el carácter científico, racional y enciclopédico de la sabiduría que él revela» (23). Este racionalismo fue el motivo principal por el que San Agustín entrara en la secta, como confiesa él mismo. «Entramos en el círculo de los maniqueos y caímos en sus redes por esto: porque prometían, dejando a un lado el testimonio odioso de la autoridad, llegar hasta Dios, librándolos de todo error, y por un ejercicio estrictamente racional, a cuantos se pusieran sumisos en sus manos» (24).

Le comunicaron una concepción totalmente materialista de toda la realidad, incluso de lo divino y del alma. En el maniqueísmo no había lugar para lo espiritual. Los dos principios, el bueno o Luz, al que reservaban el nombre de Dios, y el malo o Tinieblas eran materiales. El alma era un fragmento desprendido de la materia luminosa. De manera que el hombre, aun teniendo alma, era completamente material, aunque por ella era igual a Dios. Lo que también satisfacía la soberbia de San Agustín.

También le resolvía el maniqueísmo un problema, que desde entonces le atormentó, el del mal, hasta que descubrió que: «las cosas en tanto que son también son buenas. Luego cualesquiera que ellas sean, son buenas, y el mal cuyo origen buscaba no es substancia ninguna (...) así vi yo y me fue manifestado que tú eras el autor de todos los bienes y que no hay en absoluto substancia alguna que no haya sido creada por ti» (25). En cambio, en el maniqueísmo se afirmaba que el mundo tenía un origen demoníaco, no había sido creado por Dios, como tampoco el cuerpo del hombre, que, por ello, eran esencialmente malos. Porque el principio malo tenía idéntico poder y era igual entitativamente al bueno o Dios. Ambos eran dos fuerzas opuestas que

---

(23) H. CH. PUECH: «La religión de Mani», en *Cristo y las religiones de la tierra,* Madrid, BAC, 1961, vol. II, págs. 467-525, págs. 481-482; cf., ídem: *Maniqueísmo. El fundador. La doctrina,* Madrid, Instituto de de Estudios Políticos, 1957.

(24) SAN AGUSTÍN: *De la utilidad de creer,* 1, 2.

(25) Idem: *Conf., VII,* 12, 18.

estaban en lucha, que se explicaba por una mitología complicadísima (26).

En su acusado sincretismo, los maniqueos incluían las doctrinas de Jesús, aunque negaban la Encarnación, igual que las demás sectas gnósticas. Rechazaban también al Dios de Israel, creador del mundo, considerando al judaísmo como la religión del error, porque ha nacido de la materia tenebrosa, del mismo modo que la religión de Mani, que es la verdadera, e incluso las otras, que abarca perfeccionándolas, son hijas de la materia luminosa. Por esto criticaban las faltas de los patriarcas y profetas, desfigurándolas y, como explica San Agustín, en sus *Confesiones* (27), sin tener base sólida alguna.

A este aspecto de la doctrina maniquea no se le daba entonces importancia. Sí que seguramente la tuvo para su aceptación el hecho de que negaran la libertad humana y la consiguiente responsabilidad. Para el maniqueísmo el pecado procedía de la materia, porque el alma es buena y no puede pecar. La materia, que es intrínsecamente mala, es la causa única del pecado, no el hombre, ya que su voluntad está determinada por ella, a través del cuerpo. No siendo libre, el hombre no es responsable del mal que hace. Por consiguiente, el maniqueísmo, para San Agustín, representaba la absolución de sus desórdenes morales.

La mitología maniquea, además del materialismo y determinismo moral, justificaba la aversión y desdén por la naturaleza, con sus leyes y fines, propia de todos los gnosticismos. Su hostilidad y desprecio por el mundo, sólo explicable por un extraño odio a su Creador, les llevaba a un ideal de perfección o «espiritualidad» consistente en enfrentarse al orden puesto por Dios en lo creado. Aceptarlo suponía una esclavitud. Por esto se declaraban enemigos de la propiedad, de la autoridad, del matrimonio generador, de la milicia y de todo lo natural, con sus más profundas aspiraciones, impresas por el mismo Dios en su acción

---

(26) Cfr. G. Bardy: *Manichéisme,* en A. Vacant y E. Mangenot: *Dictionnaire de Theologie Catholique,* París, Librairie Letuozey et Ané, 1925, vol. XX, col. 1760-1763.

(27) San Agustín: *Conf.,* III, 7, 13; V, 14, 24.

creadora. Su «espiritualidad», que era una invocación a las inclinaciones desviadas o desordenadas, por tanto, representaba la rebeldía de la voluntad humana contra las leyes establecidas por Dios en la misma naturaleza.

Terminados sus estudios, San Agustín regresó a Tagaste. Su convencimiento y sus grandes dotes de elocuencia hicieron que se convirtieran al maniqueísmo Romaniano y varios amigos, como Alipio y Honorato. Incluso quiso convencer a su madre. Santa Mónica, que soportaba su vida inmoral, no le toleró el error y sin vacilar lo echó de casa, y San Agustín tuvo que ir a vivir en casa de Romaniano.

No obstante, Santa Mónica estaba muy preocupada. Soñó una noche que estaba de pie sobre un regla de madera, que se ha interpretado como el símbolo de la «regla de fe», y veía venir un joven muy alegre hacia ella, que le preguntaba la causa de sus lágrimas. Al saberlo, la tranquilizó diciéndole: «donde tú estas, también está él». Ella se dio la vuelta y vio efectivamente a su hijo en la misma regla. Al contárselo después, San Agustín aprovechó la ocasión, como experto que era en argumentar sofísticamente, para indicarle que el sueño predecía que ella sería también maniquea. Pero, en las *Confesiones* cuenta que: «al punto, sin vacilación alguna, me respondió: "No me dijo: donde él está, allí estás tú, sino donde tú estás, allí está él"» (28).

Incluso Santa Mónica pidió a su obispo que se entrevistara con su hijo para que le convenciera de la falsedad de la secta. A lo que se negó, porque le contó que en su infancia la había conocido a través de su madre, y que él mismo sin necesidad de nadie había comprendido sus errores y la había abandonado. Además, revelando unas grandes dotes psicológicas, añadió que su hijo: «estaba incapacitado para recibir ninguna enseñanza por estar muy fiero con la novedad de la herejía maniquea, y por haber puesto en apuros a muchos ignorantes con algunas cuestioncillas, como ella misma le había indicado». Pues, San Agustín no sólo discutía con su madre de cuestiones religiosas, sino

(28) *Ibid.*, III, 11, 19-20.

con todos los cristianos que podía, venciéndoles y escarneciéndoles. Por ello, el obispo le dijo: «Dejadle estar y rogad únicamente por él al Señor; él mismo, leyendo los libros de ellos, descubrirá el error y conocerá su gran impiedad».

Este prudente consejo no le pareció suficiente y continuó insistiendo. El obispo, al final la despidió con estas palabras, que después se hicieron célebres: «Vete en paz, mujer; ¡así Dios te dé vida!, que no es posible que perezca el hijo de tantas lágrimas» (29). Lo que le animó a continuar rezando por él.

San Agustín permaneció dos años en Tagaste, enseñando gramática. Allí, uno de su amigos, de familia cristiana, pero por su influencia convertido al maniqueísmo, enfermó de gravedad. Sus padres, con su consentimiento, le bautizaron. Al recuperarse, San Agustín se burló del sacramento, esperando que él hiciera lo mismo. Pero actuó la gracia del mismo, porque muy seriamente le advirtió que si quería continuar su amistad se callara al instante. Empeoró al cabo de poco tiempo y murió. Todo este suceso le impresionó muchísimo (30). Tanto que decidió marcharse a Cartago, donde podría olvidarlo y tendría más oportunidades para adquirir prestigio y dinero.

En la segunda estancia en esta ciudad, además de abrir una escuela de retórica, continuó formándose. Leyó muchas obras filosóficas, entre ellas *Las categorías,* de Aristóteles, en la traducción de Mario Victorino, que le sirvieron para confirmar su materialismo, porque creyó que los diez predicamentos, explicados en su obra, se podían atribuir a Dios.

En Cartago también se acrecentó su vanidad. Por su antigua afición al teatro, le gustaba participar en certámenes poéticos y declamar poemas épicos o trágicos, e incluso algunos compuestos por él mismo. Su afición artística se revela también en la obra que escribió entonces, titulada *Lo hermoso y lo apto,* sobre cuestiones estéticas, y que ya se había perdido cuando redactó las *Confesiones.*

---

(29) *Ibid.,* III, 12, 21.
(30) *Ibid.,* IV, 4, 7-9.

Dada su concepción determinista del hombre, no es extraño que se aficionase en esta época a la astrología. Como dirá después San Agustín, estos mal llamados entonces «matemáticos», pensaban que: «de los cielos viene la necesidad de pecar, y esto lo hizo Venus, Saturno o Marte, y todo para que el hombre, que es carne y sangre y soberbia podredumbre, quede sin culpa y sea atribuida al criador y ordenador del cielo y las estrellas» (31).

Actitud escéptica.

Su interés por la astrología, que le convirtió en un gran experto, fue providencial, porque le llevó a estudiar las obras de los astrónomos griegos, dándose cuenta que sus observaciones eran incompatibles con las explicaciones maniqueas. Según las cuales la materia luminosa enterrada en la tenebrosa se salvaba por un procedimiento físico y mecánico, constituido por el agua, el aire, el fuego y un personaje divino, que la hacían ascender hasta la luna, que iba creciendo hasta convertirse en luna llena y, a continuación, en los últimos días del mes, la iba cediendo al sol, desde donde se reintegraba a la divinidad (32).

Los maniqueos de Cartago no podían resolverle sus dudas y se limitaban a decirle que esperara la llegada de uno de sus obispos, Fausto de Milevio, famoso por sus grandes conocimientos. Cuando pudo entrevistarse con él, empezaron las vacilaciones sobre el racionalismo y veracidad del maniqueísmo, porque le confesó que no sabía responderle a sus preguntas. San Agustín comprendió que su ciencia sólo consistía en una mayor elocuencia que los demás. A pesar de que por el tiempo en que escribía sobre estos hechos, estaba refutándole en una extensa obra, *Contra Fausto el maniqueo,* con una gran imparcialidad le hace justicia diciendo: «no era él del número de aquella caterva de charlatanes que había tenido yo que sufrir, empeñados en enseñarme

(31) *Ibid.,* IV, 3, 4.

(32) Idem: *Contra Fausto el maniqueo,* XX, 24; XX, 2. Cfr. A. Escher di Stefano: *Il manicheismo in S. Agostino,* Padova, Cedam, 1960.

tales cosas, para luego no decirme nada. Este, en cambio (...) no era tan ignorante que ignorase su ignorancia» (33). Cuenta, también, que las entrevistas se convirtieron al final en explicaciones de San Agustín al obispo sobre doctrinas que manifestaba desconocer y que escuchaba con gran docilidad, lo que era muy raro en un doctor maniqueo.

Aunque se había desilusionado del maniquísmo, San Agustín no lo abandonó. Tenía proyectado trasladarse a Roma, y los maniqueos, con su poder e influencia, podían ayudarle a triunfar. Gracias precisamente a las recomendaciones de Fausto podía establecerse en Roma. Le interesaba muchísimo, principalmente porque le habían dicho que sus estudiantes eran menos indisciplinados y libertinos que los de Cartago, además podría conseguir más fama y dinero. A este viaje se oponía rotundamente su madre, que le había seguido hasta Cartago, porque temía que los maniqueos ejercieran, lejos de ella, una mayor influencia sobre su hijo. Para realizarlo, San Agustín tuvo que mentirla, pues como explica él mismo: «hube de engañarla, porque me retenía por fuerza, obligándome o a desistir de mi propósito o a llevarla conmigo, por lo que fingí tener que despedir a un amigo al que no quería abandonar hasta que, soplando el viento, se hiciese a la vela. Así engañé a mi madre, y a tal madre» (34), que le estuvo esperando toda la noche, rezando en una iglesia del puerto, hasta que al día siguiente advirtió la traición y lloró por la marcha y la crueldad de su hijo.

Antes de empezar el curso, en septiembre del 383, llegó a Roma y se hospedó en casa de un maniqueo. Después de sanar del paludismo, enfermedad que era entonces frecuente en esta ciudad, y que le hizo peligrar su vida, pudo abrir una escuela de retórica. Pronto se percató, al convivir más con ellos, del falso ascetismo de los maniqueos y de las falsificaciones que hacían de los textos bíblicos para así poder replicarlos.

Todo ello contribuyó a aumentar su estado de incertidumbre

---

(33) Idem: *Conf.*, V, 7, 12.
(34) *Ibid.*, V, 8, 15.

e inseguridad. Sólo podía confiarse a su amigo Alipio, que estaba estudiando derecho en Roma. Volvió entonces por donde había empezado su búsqueda de la verdad y leyó a Cicerón, esta vez los *Academica,* que le orientó hacia un escepticismo como el de los académicos, de tipo probabilista, pensando que «los filósofos que llaman académicos habían sido los más prudentes, por tener como principio que se debe dudar de todas las cosas y que ninguna verdad puede ser comprendida por el hombre» (35).

Su escuela no le funcionó bien, porque los estudiantes eran más indisciplinados que los de Cartago, tenían la costumbre de irse en bloque a otra escuela en la fecha de pago. Se salvó gracias a los maniqueos, que le recomendaron a Aurelio Símaco, que buscaba un profesor de retórica para la cátedra oficial de Milán. Símaco era el prefecto de la ciudad, su autoridad máxima porque el emperador Valentiniano II, de trece años de edad, y su madre, Justina, estaban en Milán. Tuvo entre sus contemporáneos mucha fama como literato y protegía a los artistas. Continuaba siendo pagano, aunque no molestaba a los cristianos, pero en el fondo siempre que podía protegía a sus enemigos, como los maniqueos. Hacía muy poco que había defendido delante de la corte imperial la propuesta del Senado de restituir la estatuta de la Victoria, que había sido retirada. San Ambrosio, el obispo de Milán, le había replicado derrotándole por completo.

Por todos estos motivos, y porque además sentía simpatía por los africanos, desde que había estado con ellos como prefecto, Símaco después de oir a San Agustín el desarrollo del tema de un discurso, que le había propuesto, le envió a Milán.

Influencia cristiana.

Al llegar a Milán, San Agustín visitó al obispo, seguramente por consejo de Símaco, pues San Ambrosio, por su prestigio, era considerado uno de los hombres más poderosos del imperio.

(35) *Ibid.,* V, 9, 19.

Le recibió «paternalmente», ya que era muy cordial y afable, pero no se preocupó por él, y siempre rehuyó sus visitas, a pesar de que San Agustín tenía mucho interés en hablarle y desde el principio le tomó mucho afecto (36). La actitud de San Ambrosio hacia San Agustín fue siempre muy distante. Incluso, después de convertido y cuando ya era obispo de Hipona, no hizo nunca ninguna referencia a ellas ni a su labor.

Esta postura de frialdad de San Ambrosio, que después fue proclamado al mismo tiempo que San Agustín Doctor de la Iglesia, junto con San Jerónimo y San Gregorio Magno, ha extrañado a los biógrafos. Sin embargo, se comprende si se tiene en cuenta que San Agustín era para él un profesor extranjero, lleno de pretensiones y muy orgulloso, maniqueo y astrólogo, con fama de pendenciero y discutidor, y para el colmo recomendado por Símaco, enemigo suyo y cabecilla de los paganos.

No obstante, San Ambrosio, después de Santa Mónica, fue la persona que más contribuyó a su conversión. Porque aunque no le hablara personalmente, San Agustín iba a oírle predicar cada domingo y siempre que enseñaba. Al principio sólo atendía a lo que le atraía, la elegancia y erudición de sus sermones, después fue advirtiendo que había sido totalmente engañado por los maniqueos sobre la Biblila y fueron desapareciendo sus prejuicios y admirando la humildad cristiana que, sin la soberbia del racionalismo maniqueo, reconocía el misterio. Por esto San Agustín hizo siempre muchos elogios de San Ambrosio.

En estos momentos San Agustín aún se sentía inclinado hacia la actitud escéptica, no estaba seguro de la verdad del cristianismo; confiesa que «si por una parte la católica no me parecía vencida, todavía aún no me parecía vencedora». Sin embargo, añade, tomó dos resoluciones. Por la primera: «dudando de todas las cosas y fluctuando entre todas, según costumbre de los académicos, como se cree, determiné abandonar a los maniqueos, juzgando que durante el tiempo de mi duda no debía permanecer en aquella secta». Por la segunda, «determiné permanecer ca-

---

(36) *Ibid.*, V, 13, 23.

tecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres, hasta tanto que brillase algo cierto a donde dirigir mis pasos» (37).

Pudo referir estas dos decisiones a su madre, que había llegado a Milán con su otro hijo Navigio. Tuvo una gran alegría, no toda la que esperaba San Agustín, porque no le vio «en posesión de la verdad, sino sólo alejado de la falsedad». Le «respondió con mucho sosiego y con el corazón lleno de confianza, que ella creía en Cristo que antes de salir de esta vida me había de ver católico fiel (...) redoblaba sus oraciones y lágrimas para que acelerases tu auxilio y esclarecieras mis tinieblas, y acudía con más solicitud a la iglesia» (38).

En Milán, San Agustín se encontraba rodeado de toda su familia, excepto de su hermana, que había quedado en Tagaste, de su amante y su hijo, Adeodato, y de muchos amigos. Antiguos, como Alipino, Nebridio y Licencio, hijo de Romaniano, que le había enviado para que estudiase con él, y después vino también él mismo. Otros nuevos, entre ellos, los filósofos Manlio y Hermogeniano, el gramático Verecundo, el astrónomo Herminio y el gran poeta Zenobio. Lo que no era extraño, porque siempre hizo muchas y profundas amistades. También había conseguido dinero, cierta fama e introducirse en la alta sociedad de Milán. Hasta se le había elegido para que pronunciara ante toda la corte el panegírico anual del emperador y del general Flavio Bautón.

Sin embargo, no se sentía feliz. El mismo día que se dirigía al palacio, para aclamarlos, acompañado de sus amigos y discípulos, vieron a un mendigo embriagado, que manifestaba libremente su alegría. San Agustín, que estaba intranquilo porque tenía que mentir para contar unas glorias inexistentes, lo que también sabía el público que le escucharía, les dijo: «lo que éste

(37) *Ibid.*, V, 14, 25.

(38) *Ibid.*, VI, 1,1. San Ambrosio se fijó en la vida de piedad de Santa Mónica y, como cuenta San Agustín, «de tal modo que cuando me encontraba con él solía muchas veces prorrumpir en alabanzas de ella, felicitándome por tener tal madre» (*Conf.*, VI, 2, 2).

había conseguido con unas cuantas monedillas de limosna era exactamente a lo que aspiraba yo por tan trabajosos caminos y rodeos; es, a saber: la alegría de una felicidad temporal. Cierto que la de aquél no era alegría verdadera; pero la que yo buscaba con mis ambiciones era aún mucho más falsa» (39).

Creía que su infelicidad y desasosiego quizá eran fruto de que no era lo suficientemente rico e importante, o porque no estaba casado; por ello, «sentía vivísimos deseos de honores, riquezas y matrimonio». Además, continúa explicando que también: «Instábaseme solícitamente a que tomase esposa. Ya había hecho la petición, ya se me había concedido la demanda, sobre todo siendo mi madre la que principalmente se movía en esto, esperando que una vez casado sería regenerado por las aguas saludables del bautismo». En efecto, Santa Mónica, ayudada por sus amigos, le había instigado a que se casase, incluso le había buscado su futura esposa y «habíase pedido ya la mano de una niña que aún le faltaban dos años para ser núbil, pero como era del gusto, había que esperar» (40). Debía tener, por consiguiente, unos veinte años menos que él.

A veces ha extrañado que Santa Mónica no le hiciera casar con su amante, con quien llevaba más de catorce años y le había dado un hijo, que ya tenía trece. Se ha dicho que tal matrimonio no era posible, porque ella era pobre y necesitaban una buena dote para vivir todos. También que era de clase inferior, y que no hubiera sido bien vista por la alta sociedad milanesa una boda de este tipo. Y otros motivos parecidos. Es más, incluso como dice San Agustín, le fue «arrancada de mi lado, como un impedimento para el matrimonio» (41) porque, después de hablar con su madre, se volvió sola a Africa.

Sobre este suceso que parece tan extraño, también se ha lle-

---

(39) *Ibid.*, VI, 6, 9. Les dijo también que «él era más feliz que yo, no sólo porque rebosaba de alegría, en tanto que yo me consumía de cuidados, sino también porque él con buenos modos había adquirido el vino y yo buscaba la vanidad con mentiras» (*Conf.*, VI, 6, 10).

(40) *Ibid.*, VI, 13, 23.

(41) *Ibid.*, VI, 15, 25.

gado a decir que «es uno de los problemas de la vida de San Agustín que jamás podrán ser descifrados» (42); o que, «la única razón de todo hay que buscarla en el plan divino, que le tenía predestinado para ser su Doctor y Obispo. Esto no quiere decir que las miras de aquéllos, incluso la de su madre, fuesen enteramente espirituales y laudables, aunque sí disculpables» (43). Pero esto último no es posible, porque San Agustín no le acusó de ninguna falta, a pesar de que sintió muchísimo la separación, y se queja de que, aunque la sustituyó por otra amante milanesa, «no por eso sanaba aquella herida mía que se había hecho al arrancarme de la primera mujer, sino que después de un ardor y dolor agudísimo comenzaba a corromperse, doliendo tanto más desesperadamente cuanto más se iba enfriando» (44) y pasando el tiempo.

La razón de todo este hecho, que parece tan cruel e incomprensible, podría ser algo mucho más sencillo. Santa Mónica había pensado que si su hijo se casaba con una mujer cristiana, ésta podría ayudarle a convertirse o, como dice San Agustín en el texto citado, a «regenerarse por las aguas saludables del bautismo». Sabía por propia experiencia lo que podía una esposa en este sentido, ya que había convertido a su difunto marido. Por esto le busca una buena cristiana, aunque para el matrimonio hubiera de esperar dos años.

Convence después a la amante de su hijo para que le abandone, porque lo más seguro es que ésta estuviese muy enamorada de él y comprende que con ella a su lado se le haría mucho más difícil hacerse cristiano y encontrar la felicidad y la paz que buscaba desde hacía tantos años. Aceptó la separación definitiva porque le quería, sacrificándose por él. Se podría decir, en este sentido, que era una amante digna de San Agustín. Se advierte

---

(42) G. Papini: *San Agustín,* Madrid, Ediciones Fax, 1950, 6.ª ed., pág. 76. Añade que: «las verdaderas responsabilidades de este duro proceder serán para nosotros siempre un enigma», pág. 77).

(43) A. Vega: *Edición crítica y notas de las Confesiones,* Madrid, BAC, 1965, 6.ª ed., notas 1, VI, n. 51, pág. 265.

(44) San Agustín: *Conf.,* VI, 15, 25.

este amor que le profesaba al explicar San Agustín que: «vuelta al Africa, hizo voto de no conocer otro varón, dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido con ella».

Descubrimiento de lo espiritual.

No es exacto, tal como a menudo se explica su vida, que San Agustín antes de su vuelta al cristianismo pasara por las etapas sucesivas del maniqueísmo, escepticismo y neoplatonismo. Estas doctrinas no las abandonaba totalmente al inclinarse por la siguiente, sino que sonservaba de ellas muchos puntos, de manera que, en este sentido llegaron a coexitir. Así, aunque había dejado el maniqueísmo y ya no tenía los prejuicios contra las Escrituras, conservaba su materialismo. También se había convencido de la falsedad de la astrología, como hacía mucho tiempo que le habían advertido sus amigos, pero no le había desaparecido la concepción determinista implícita (45). Desde estos presupuestos trataba de resolver los problemas de la naturaleza de Dios y del origen del mal, heredados del maniqueísmo, pero conservaba su actitud escéptica.

Estos problemas los pudo resolver gracias a otro amigo que, por cierto, estaba «hinchado con monstruosísima soberbia» (46), que le dio a conocer las obras del neoplatónico Plotino y de otros seguidores de Platón, el filósofo que había descubierto la realidad inmaterial e inteligible, y que estaban traducidas del griego por M. Victorino.

Su lectura provocó lo que podría llamarse la segunda conversión de San Agustín; esta vez no hacia la búsqueda de la verdad, sino hacia el espíritu. Su descubrimiento le produjo una impresión estraordinaria. En *Contra los académicos* la recuerda de este modo: «Y he aquí que unos libros (...) esparcieron sobre nosotros los perfumes de la Arabia y, destilando unas poquísimas gotas de su esencia sobre aquella llamita, me abrasaron con un

(45) Cfr. M. F. Sciacca: *San Agustín,* Barcelona, Edit. Miracle, 1955, pág. 50.

(46) San Agustín: *Conf.,* VI, 9, 13.

incendio increíble, ¡oh, Romaniano!, pero verdaderamente increíble, y más de lo que tú piensas, y aun añadiré que más de lo que podía sospechar yo mismo» (47). Pudo liberarse del materialismo y, como explica en las *Confesiones*, «amonestado por estos libros a volver a mí mismo, entré en mi interior (...). Entré y vi con el ojo de mi alma, comoquiera que él fuese, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inconmutable» (48), que le permitió entender la naturaleza del espíritu y, por tanto, también la de Dios.

Pudo también comprender que en el problema del mal hay que desplazar la cuestión de su origen al de su naturaleza y que ésta consiste en privación o defecto de bien. Al mismo tiempo entendió «lo que había oído de que el libre albedrío de la voluntad es la causa del mal que hacemos» (49). Y, como dice Juan Pablo II, «éste fue su descubrimiento decisivo» (50), que le liberó del determinismo y, como dice San Agustín, darse cuenta de que «yo era, el que quería, yo, el que no quería, yo era» (51).

Con el neoplatonismo había podido librarse de estos tres errores, pero conservaba el de la soberbia, que aún se le había acrecentado por la de sus filósofos, de manera que ahora que había descubierto la verdad, declara que «me hinchaba con la ciencia» (52). Igual que después de su primera conversión, acudió a las Escrituras. Pues explica que: «miré como de paso aquella religión que, siendo niño, me había sido profundamente impresa en mi ánimo y, si bien inconscientemente, me sentía arrebatado hacia ella. Así, titubeando, con prisa y ansiedad, cogí el libro del apóstol San Pablo». Con su lectura, añade, «se me mostró radiante el semblante de la filosofía» (53) que, como se explica

(47) Idem: *Contra los académicos*, II, 2, 5.
(48) Idem: *Conf.* VII, 10, 16.
(49) *Ibid.*, VII, 3, 5.
(50) Juan Pablo II: Carta-epístola *Augustinum hipponensem*, I.
(51) San Agustín: *Conf.*, VIII, 10, 22.
(52) *Ibid.*, VII, 20, 26.
(53) Idem: *Contra los académicos*, II, 2, 5. En *Las Confesiones* lo narra así. «cogí avidísimamente las venerables Escrituras de tu Espíritu y, con preferencia a todos, al apóstol Pablo» (*Conf.*, VII, 21, 27).

en la encíclica del Papa, «era la filosofía de Pablo, que tiene por centro a Cristo, "poder y sabiduría de Dios" (I *Cor* 1,24), y que tiene otros centros: la fe, la humildad, la gracia; la "filosofía", que es, al mismo tiempo, sabiduría y gracia en virtud de la cual se hace posible no sólo conocer la patria, sino también llegar a ella» (54).

Ahora no rechazó la Biblia como la vez anterior. Se había curado de su soberbia gracias a San Pablo, que le había enseñado la humildad y el camino de la verdad, Cristo. Por esto dice que: «ya había hallado yo, finalmente, la margarita preciosa que debía comprar con la venta de todo lo que tenía. Pero vacilaba» (55). Se había convertido intelectualmente al cristianismo, pero le faltaba lo que se ha llamado la «conversión moral».

Las dudas que le impedían ser verdaderamente cristiano no eran sobre la fe, que ya había recuperado, sino sobre la decisión de ponerla en la práctica. Titubeaba ante la determinación de vivir la verdad que ya había encontrado, porque se sentía atado por la fama, los honores, el dinero y especialmente la lujuria. Cuenta que: «poseía mi querer el enemigo, y de él había hecho una cadena con la que me tenía aprisionado. Porque de la voluntad perversa nace la lujuria, y de la lujuria obedecida procede la costumbre, y de la costumbre no contradecida proviene la necesidad; y con estos a modo de anillos enlazados entre sí —por lo que antes llamé cadena— me tenía aherrojado en dura esclavitud» (56).

Cierto que el cristianismo no le prohibía acceder a un brillante cargo, bien remunerado, que podía conseguir fácilmente, dada su posición actual, y tener una esposa legítima y que, además, fuese ya cristiana, como era su prometida. Sin embargo, se sentía llamado a una consagración total a Dios. No hacía mucho, antes de leer a los neoplatónicos, que había proyectado con sus amigos apartarse de todo para dedicarse con tranquilidad y exclusivamente al estudio de la sabiduría, constituyendo una es-

(54) JUAN PABLO II: Carta-epístola *Augustinum hipponensem,* I.
(55) SAN AGUSTÍN: *Conf.*, VIII, 1, 2.
(56) *Ibid.*, VIII, 5, 10.

pecie de cenobio laico (57). El tener, para ello, que renunciar a sus mujeres les había hecho desistir. Ahora, en su interior, luchaban de una forma dramática esta aspiración íntima y profunda y los hábitos que había adquirido, sobre todo el de necesitar una mujer. Esta tensión interior le impedía decidirse a dar el último paso.

Ejemplos cristianos.

Para solucionar este conflicto interior, San Agustín no fue a buscar ayuda a la filosofía, que le había sido útil para la comprensión de la verdad, pero no para guiarle en la vida y darle las fuerzas necesarias; ni tampoco acudió a sus amigos, quizás con los mismos problemas; sino que acudió a un sacerdote santo y piadoso, que en su situación es lo que debía hacer. Escuchando sus oraciones y súplicas de Santa Mónica, Dios debió inspirarle que visitara al sacedote Simpliciano para confesarse o, como dice San Agustín, para «narrarle todos los pasos de mis errores» (58).

Después de escucharle y saber que había leído a los neoplatónicos, explica San Agustín que, «para exhortarle a la humildad de Cristo», le contó la conversión al cristianismo del famoso Mario Victorino, porque él había sido su testigo confidencial. Era también un africano, profesor de retórica, experto en filosofía neoplatónica y muy soberbio y vanidoso, aunque mucho más famoso entonces que San Agustín. Se le había, incluso, erigido estatua en Roma, cuando sólo se hacía a los emperadores o a los grandes generales. Había escrito muchas obras de materias diferentes, pero en todas ellas aprovechaba para atacar al cristianismo, mofándose sobre todo de la resurrección de Cristo y de la virginidad de la Santísima Virgen. Para precisamente escarnecerlo mejor leyó detenidamente la Biblia. Actuó por ella la gracia de Dios y se convirtió a sus cincuenta años.

(57) *Ibid.*, VI, 14, 24.
(58) *Ibid.*, VIII, 2, 3.

De una manera parecida a San Agustín su paso al cristianismo sólo fue entonces intelectual. A Mario Victorino le impedía la conversión plena la vergüenza. Otra vez la palabra de Dios le ayudó, porque en San Lucas leyó lo que había dicho Cristo: «El que me negare delante de los hombres será negado ante los ángeles de Dios» (59) y pidió el bautismo. Durante la ceremonia, «cuando llegó la hora de hacer la profesión de fe, que en Roma suele hacerse por los que van a recibir tu gracia en presencia del pueblo fiel (...) ofrecieron los sacedotes a Victorino, decía Simpliciano, que la recitase en secreto (...) mas él prefirió confesar su salud en presencia de la multitud santa» (60), diciendo que si había sido pública la proclamación de sus errores, mucho más debía serlo la verdad. Desde entonces se dedicó en sus obras a exponer y defender al cristianismo.

El relato de Simpliciano de la conversión de Mario Victorino le produjo una enorme impresión: «le había encendido en enormes deseos de imitarle» (61), pero le faltaban las fuerzas para romper con sus viejas tendencias y, además, tenía miedo de dejarlas, como él mismo dice: «temía verme libre de todos aquellos impedimentos» (62). Al cabo de pocos días recibió a un funcionario de palacio, Ponticiano. Casualmente vio encima de una mesita de la sala el libro de las epístolas de San Pablo, que junto con otros de neoplatónicos, continuaba leyendo San Agustín. Como era cristiano, al darse cuenta del interés de San Agustín por las cartas del apóstol, le contó la vida de San Antonio (251-356).

Supo entonces San Agustín que este anacoreta, padre del monaquismo, había sido un egipcio, hijo de una familia muy rica, que a los veinte años, al quedar huérfano, repartió todas sus riquezas a los pobres y se retiró solo al desierto para hacer penitencia. Allí tuvo que sufrir tentaciones lujuriosas que no le bandonaban nunca, ni de día ni de noche. También le refirió Ponti-

(59) *Lc.* 12, 9.
(60) SAN AGUSTÍN: *Conf.*, VIII, 2, 5.
(61) *Ibid.*, VIII, 5, 10.
(62) *Ibid.*, VIII, 5, 11.

ciano que el ejemplo de San Antonio y de otros monjes orientales se estaba también difundiendo por Occidente. Allí mismo, en Milán, a las afueras, se había fundado un monasterio bajo la dirección del obispo. Asimismo le contó que él había sido testigo de cómo dos compañeros suyos, en Tréveris, habían abrazado esta vida, al encontrar paseando por los alrededores de la ciudad unos ermitaños, que les dejaron la *Vida de Antonio,* que había sido escrita por el obispo de Alejandría, San Atanasio. Después de leerla los dos lo dejaron todo, sus altos cargos, la amistad del emperador y a sus prometidas, para ser monjes.

El efecto de la narración de la vida de San Antonio y de sus seguidores hizo que San Agustín se «viese cuán feo era, cuán deforme y sucio, manchado y ulceroso» (63). Se comparaba con estos hombres que, aunque no la cultura, tenían en común con él las tentaciones de la soberbia y de la lujuria, pero que se habían entregado a Dios y las habían vencido, y se «odiaba» a sí mismo (64).

Ya hacía doce años que se había propuesto buscar la verdad, ahora la había encontrado, pero tenía miedo de dejar sus pasiones, como explica que había sentido mucho antes. «Mas yo, joven miserable, sumamente miserable, había llegado a pedirte en los comienzos de la misma adolescencia la castidad diciéndote: "Dame la castidad y continencia, pero no ahora", pues temía que me escucharas pronto y me sanaras presto de la enfermedad de mi concupiscencia, que entonces más quería yo saciar que extinguir» (65).

En su interior se libraba un combate que no era, en este mo-

(63) *Ibid.,* VIII, 7, 16.

(64) *Ibid.,* VIII, 7, 17. Aún después de convertido, cuando tiene cerca de cincuenta años, no le habían desaparecido las tentaciones lujuriosas, pues confiesa San Agustín que: «aún viven en mi memoria, (...) las imágenes de tales cosas, que mi costumbre fijó en ella, y me salen al encuentro cuando estoy despierto, apenas ya sin fuerzas; pero en sueños llegan no sólo a la delectación, sino también al consentimiento y a una acción en todo semejante a la real» (*Conf.,* X, 30, 42).

(65) *Ibid.,* VIII, 7, 17.

mento, entre la fe y la duda, que ya había sufrido y vencido, ya creía en lo que decían los cristianos, desde su conversión intelectual. Su lucha era entre el deseo de entregarse totalmente al amor de Dios y el miedo y la pena por renunciar a sus pasiones. El ejemplo de San Antonio, confiesa San Agustín, «me carcomía interiormente y me confundía vehementemente con un pudor horrible». Sin embargo, a pesar de la gran vergüenza que sentía en lo más profundo de su alma, persistía igualmente su temor, que era idéntico al de la muerte, pues «ella se resistía. Rehusaba aquello, pero no alegaba excusa alguna, estando ya agotados y rebatidos todos los argumentos. Sólo quedaba en ella un mudo temblor y temía, a par de muerte, ser apartada de la corriente de la costumbre, con la que se consumía normalmente» (66).

La conversión.

Una vez se hubo marchado Ponticiano, sufriendo esta «gran contienda interior» se dirigió muy alterado hacia Alipio exclamando: «¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? Levántense los indoctos y arrebatan el cielo y, nosotros, con todo nuestro saber, faltos de corazón, ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Acaso nos da vergüenza seguirles por habernos precedido y no nos la da siquiera el no seguirles?».

Su amigo no le respondía, estaba asombrado no tanto por esto que decía sino porque, explica San Agustín, «no hablaba yo como de ordinario, y mucho más que las palabras que profería declaraban el estado de mi alma la frente, las mejillas, los ojos, el color y el tono de la voz» (67). Sin esperar ninguna respuesta, San Agustín fue al fondo del huerto, que tenía la casa, y Alipino le siguió. Estaba indignado contra sí mismo y, aunque se sentaron no se calmó», su enfado, al contrario, continúa recordando San Agustín, «hice muchísimas cosas con el cuer-

(66) *Ibíd.*, VIII, 7, 18.
(67) *Ibíd.*, VIII, 8, 19.

po (...) sí mesé los cabellos, sí golpeé la frente, sí entralezados los dedos, oprimí las rodillas, lo hice porque quise» (68).

Se acusaba a sí mismo, atormentándose, de no tener el suficiente valor para romper con sus pasiones. Unas veces se le hacían presentes y se preguntaba: «¿Qué? ¿Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?». Otras, pensaba en el ejemplo de los cristanos y se decía: « No podrás tú lo que éstos y éstas?» (69). Iba aumentado así su temor y su vergüenza.

Añade San Agustín que, encontrándose en esta terrible contienda interior, «apenas una alta consideración sacó del profundo de su secreto y amontonó toda mi miseria a la vista de mi corazón, estalló en mi alma una tormenta enorme, que encerraba en sí copiosa lluvia de lágrimas». Para desahogarse se levantó, alejándose de su amigo, «quedándose él en el lugar en que estábamos sentados sumamente estupefacto; mas yo, tirándome debajo de una higuera, no sé cómo solté rienda a las lágrimas». Sollozando, arrepentido de todas las miserias que había encontrado al examinarse interiormente, pedía humildemente el perdón a Dios. «Aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como estas: ¡Y tú, Señor, hasta cuándo, Señor, has de estar irritado! No quieras más acordarte de nuestras iniquidades antiguas».

Sin embargo, no tomaba ninguna determinación. Continuaba vacilante, porque, a pesar de arrepentirse de todas sus faltas, y sintiendo un amargo dolor en su corazón por haber ofendido a Dios, cuenta que «sentíame aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana!, ¡mañana! ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora?» (70).

Continúa explicando San Agustín en las *Confesiones*, escritas unos doce años después, que en aquel atardecer del verano de hace mil seiscientos años, mientras se encontraba en aquel estado, llorando bajo la higuera de su huerto, «he aquí que oigo

(68) *Ibid.*, VIII, 8, 20.
(69) *Ibid.*, VIII, 11, 26, 27.
(70) *Ibid.*, VIII, 12, 28.

de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee». De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante». Tampoco se ha podido descubrir, en los juegos infantiles de la época alguno que tuviera relación con estas palabras. Añade que la tomó como un mandato divino: «y, así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo que hallase» (71).

Había recordado que Ponticiano le acababa de explicar que San Antonio, un día al entrar casualmente en una iglesia, oyó estas palabras del evangelio de San Mateo, que se estaba leyendo en aquel momento: «Vete, vende todas las cosas que tienes, dalas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos y, después, ven y sígueme» (72). Al instante había cambiado toda su vida. Por ello, corriendo San Agustín volvió al lugar donde aún permanecía Alipio sentado y, obedeciendo la voz infantil, tomó el libro de San Pablo que había quedado allí, lo abrió al azar y leyó: «No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revistíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias» (73).

Estas palabras, halladas de esta manera misteriosa, que tan bien se adaptaban a su caso, sirvieron para que se decidiera a vivir cristianamente del modo a que aspiraba interiormente, entregándose de una manera total y, por tanto, para que se convirtiera moralmente. Hicieron que terminara su dramática lucha interior, con sus vacilaciones y temores, pues, como explica seguidamente San Agustín, «no quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas

(71) *Ibid.*, VIII, 12, 29.
(72) *Mt.* 19, 21.
(73) *Rom.* 13, 13.

las tinieblas de mis dudas» (74). Debió comprender que, para vencer sus pasiones, su voluntad necesitaba la acción de la gracia de Dios, que Jesucristo ha merecido para la humanidad caída; por ello, en este pasaje se dice que hay que «revestirse» de Jesucristo.

Refiere, a continuación, que «entonces, puesto el dedo o no sé qué otra cosa de registro, cerré el códice y, con el rostro ya tranquilo, se lo indiqué a Alipio (...), pidió ver lo que había leído; se lo mostré, y puso atención en lo que seguía a aquello que yo había leído y yo no conocía. Seguía así: "Recibid al débil en la fe", lo cual se aplicó a sí mismo y me lo comunicó». Quiso así seguirle en su conversación y ayudarle, como decían estas palabras de San Pablo, igual que lo había hecho en sus errores.

También cuenta San Agustín que fueron a contarle su determinación a su madre. «Después entramos a ver a la madre, indicándoselo, y llenóse de gozo; contámosle el modo cómo había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a ti "que eres poderoso para darnos más de lo que te pedimos o entendemos" (*Eph.* 9,20), porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con gemidos y lágrimas. Porque de tal modo me convertiste a ti que ya no apetecía esposa ni abrigaba esperanza alguna de este mundo, estando ya en aquella regla de fe sobre la que hacía tantos años me habías mostrado a ella» (75).

La vida nueva.

En este largo y gradual proceso de conversión, San Agustín había experimentado lo que se llama el «problema del hombre» o, como le denominaba en las *Confesiones*, la «gran interrogación» (76). El hombre se presenta como problemático porque,

(74) SAN AGUSTÍN: *Conf.*, VIII, 12, 29.
(75) *Ibid.*, VIII, 12, 29.
(76) *Ibid.*, IV, 4, 9.

como dice Juan Pablo II en esta encíclica, «son demasiado numerosos los enigmas que lo rodean: el enigma de la muerte, de la división profunda que sufre en sí mismo, del desequilibrio irreparable entre lo que es y lo que desea; enigmas que se reducen al fundamental, que consiste en su grandeza y en su incomparable miseria».

En las palabras de San Pablo, «revestíos de Jesucristo», que contribuyeron decisivamente en su conversión, San Agustín supo encontrar la redención del hombre. De manera que, como añade el Papa, durante el resto de su vida, ante el problema del hombre, «por lo que se refiere a soluciones, no encuentran más que una, la misma que se le presentó en la vigilia de su conversión: Cristo, Redentor del hombre» (77). Tomó conciencia entonces de la necesidad de su gracia, tal como indica explícitamente el mismo San Agustín al declarar que «buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándome con el "Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas bendito por los siglos" (1 *Tim* 1,5), el cual clama y dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (*Io* 1,14)» (78).

En su misma conversión había sentido la fuerza de la gracia de Dios porque, como dirá más tarde: «¿Te proporcionaste para ti, ¡oh hombre!, el merecimiento de la misericordia de Dios por haberte convertido a él? (...) ¿Cómo hubieras podido convertirte sino hubieras sido llamado? ¿Por ventura aquel que te llamó apartado, no te ayudó para convertirte? No te arrogues la misma conversión porque, si no te hubiese llamado él a ti que huías, no hubieras podido convertirte (...). No nos convertimos a ti como si lo hiciésemos espontáneamente por nosotros sin tu misericrdia, y después tú nos vivificas, sino que (...) no sólo se debe a ti nuestra vivificación, sino la misma conversión para ser vivificados» (79).

---

(77) JUAN PABLO II: Carta-epístola *Augustinum hipponensem,* II, 2.
(78) SAN AGUSTÍN: *Conf.,* VII, 18, 24.
(79) Idem: *Nnarraciones sobre los Salmos,* 84, 4.

Al no resistirse a la gracia de la conversión y dar este paso comprobó que no representaba ninguna renuncia, por la que tanto miedo había sentido, sino que, por el contrario, era una liberación y un enriquecimiento. Por esto, después de narrar la conocida y denominada «escena del jardín» y de referirse a Jesucristo llamándole «ayudador mío y redentor mío», explica que «libre estaba ya mi alma de los devoradores cuidados del ambicionar, adquirir y revolcarse en el cieno de los placeres y rascarse la sarna de su apetitos carnales, y hablaba mucho ante ti, mi claridad, mi riqueza, mi salud, ¡oh Dios y Señor mío!» (80).

A partir de esta profunda transformación espiritual, San Agustín comenzó una vida nueva. Después de terminar el curso escolar renunció a su cátedra de Milán y se retiró con su madre y algunos amigos a Casicíaco, cerca de los Alpes, para descansar y conocer mejor la Biblia, escribiendo sus primeras obras. Regresaron a Milán en los primeros días de marzo para prepararse para el bautismo, que recibió junto con su hijo y su amigo Alipio, la noche del Sábado Santo, el 23-24 de abril del año 387. San Ambrosio les administró también la confirmación y la primera comunión.

Decidió volver a Tagaste a fundar un monasterio, pero mientras esperaban la nave en el puerto de Ostia murió su madre a los cincuenta y seis años de edad. Unos quince días antes le había dicho: «Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé ya qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?» (81). Sus últimas palabras fueron: «Enterrad este cuerpo en cualquier parte, ni os preocupe más su cuidado: solamente os ruego que os acordéis de mí ante al altar del Señor doquiera que os hallareis» (82).

---

(80) Idem: *Conf.*, IX, 1, 1.
(81) *Ibíd.*, IX, 10, 26.
(82) *Ibíd.*, IX, 11, 27.

porque veía la preocupación de los suyos por morir lejos de su patria y no poder ser enterrada junto a su esposo.

Después de una estancia de unos meses en Roma para estudiar y conocer la vida monástica y vuelto a Tagaste funda el primer monasterio agustiniano. A los tres años, en el 391, fue ordenado presbítero por el obispo de Hipona, aunque él no aspiraba al sacerdocio. Allí fundó otro monasterio, de donde salieron muchos sacerdotes y obispos. A los dos años su amigo Alipio fue nombrado obispo de Tagaste y él sucedió al obispo de Hipona a los cinco, en el año 398, sin abandonar, no obstante, su ideal monacal.

En toda su labor y sus obras, como dice el Papa, «tuvo dos coordenadas: una mayor comprensión de la fe católica y su defensa contra quienes la negaban» (83), como el maniqueísmo, el donatismo, el pelagianismo, por cuyas controversias mereció el título honorífico de «Doctor de la gracia», y el arrianismo. Escribió cerca de cien obras, además de muchos sermones y largas y numerosas cartas, que le hacen uno de los más importantes teólogos de la Iglesia y uno de los más grandes filósofos cristianos. En todas ellas se revela «su gran trinomio: verdad, amor y libertad, tres bienes supremos que se dan juntos» (84), que le apasionaron y le estimularon en su estudio.

Se puede compendiar toda su nueva vida con estas palabras de Juan Pablo II: «Fue un hombre de oración; es más, se podría decir: un hombre hecho de oración» (85). Por esto, ya moribundo y habiéndole prohibido los médicos la lectura de libros, cuenta San Posidio, amigo suyo y su primer biógrafo, que hizo que le escribieran en grandes hojas los salmos de David y que los colgaran en la pared delante de su lecho, para así rezarlos continuamente (86), y así murió, a los setenta y seis años de edad, el 28 de agosto del 430.

---

(83) Juan Pablo II: Carta apostólica *Augustinum hipponensem,* II.

(84) *Ibíd.,* IV, cfr. II, 4.

(85) *Ibíd.,* II, 5.

(86) Cfr. Posidio: «Vida de San Agustín», XXXI, en *Obras de San Agustín,* Madrid, BAC, 1946 vol. ,I, págs. 340-413, pág. 409.